

No hay pasado. Y otras convicciones

Alicia Kozameh

Hay superficies ásperas. Cementos. El cemento del calabozo del fondo. Perfecto para limar hueso. Raspar y raspar. El polvo blanco va quedando se volatiliza, cree desaparecer. Pero por dónde. Por dónde. . . Hay superficies ásperas. El cemento del calabozo. O la piel. La piel como se pone en los sótanos. El ruido del metal. Las rejas golpeando contra la pared húmeda . . . Y otra vez el ruido del metal. Y del candado. (Alicia Kozameh, “Bosquejo de alturas”)

Hay varios conceptos a los que me gustaría acercarme en esta reflexión. Uno es el de “pasado”. El pasado no existe. Existe solamente como presente. Ese “pasado” es un presente continuo. Las marcas que dejan ciertas experiencias muy intensas no desaparecen de la mente, no desaparecen del cuerpo. Se convive con ellas día y noche. Segundo a segundo. La vida, además de todo lo que también es, *es* esas marcas. Me interesa dejar esto claro porque la tendencia a deshacerse de elementos que pesan socialmente para inventar una suerte de “reconciliación” imposible es un gran error histórico. El error es tratar de forzar lo que debe suceder como parte de un proceso en el que naturalmente el tiempo va dándole forma a una sociedad distinta, que evoluciona. Para que eso se produzca cada persona y cada sector de la sociedad, y su totalidad, deben tener la oportunidad de hacer su duelo. Un duelo doloroso, un duelo de reflexión.

En esto aparecen diferentes maneras de sentir, de reaccionar emocionalmente, a lo que se ha vivido. Bastante seguido me preguntan si me siento una víctima de la represión política de aquellos años. Mi respuesta es no. Yo no me considero una víctima. Antes que nada me parece importante hacer la distinción entre al menos dos usos de la palabra “víctima”. El técnico, podríamos

decir, que tiene en cuenta el hecho de que el atacado está, objetivamente, en inferioridad de condiciones, inmovilizado frente a la brutalidad del atacante, y es víctima porque la fuerza del atacante arrasa sin miramientos utilizando sus ventajas. En ese sentido todo el que se encuentra en situación de no poder defenderse se convierte en una víctima. El uso de la misma palabra, aplicada a cómo se siente el que está siendo atacado, describe otro aspecto: uno más ligado a lo individual, interno, que cada persona maneja de acuerdo a la relación que ha tenido o sigue teniendo con las circunstancias. Yo no me siento víctima. Sabíamos que la represión política ya existía y seguiría existiendo, y que se incrementaría. Desde ese lugar no soy víctima de nadie. Teníamos claro que enfrentábamos a un enemigo descarnado, lleno de odio y de ambición desmedidos. Y creo que es posible, para quienes se consideran víctimas, dejar un día de sentirse de ese modo. Creo que el momento es éste en el que, en los hechos, se logra que se haga justicia. A eso lo podemos entender ahora cuando, de manera parcial, los juicios a los represores y las condenas que éstos están recibiendo instalan en las mentes de los que estuvieron presos, de los que fueron torturados, y a los familiares de los que fueron asesinados, y al conjunto de la sociedad, la idea de que la aguja de la balanza puede moverse algo, un poco, hacia el otro costado.

Es importante, también, entender qué hace uno mismo con la escritura. Como alguien que desde muy chica estaba ya definida sobre mi inclinación a la escritura, me pareció fundamental transmitir a través de muchos de mis textos lo que los seres humanos encerrados en las cárceles estábamos sintiendo. Tenía la necesidad de capturar lo que ocurrió a lo largo del tiempo tanto en la Alcaidía de Mujeres de Rosario como en la cárcel de Villa Devoto, en Buenos Aires. Esos lugares que fueron tan nuestros y que nunca van a dejar de serlo, aunque un día terminen demolidos. Y, aunque en *Pasos bajo el agua* no haya una descripción directa del lugar, aunque parezca un espacio “no específico”, es obvio que a través de sus acciones los personajes transmiten alguna forma de conocimiento que ayuda al lector a percibir los aspectos físicos del espacio. Aunque sea solo como una sensación. Ésa es la idea: crear la sensación. Para absorber lo que rodea a los personajes el lector no necesita descripciones. Para quedar inmerso en la vida de los personajes el lector necesita que los personajes actúen, que tengan reacciones, que se relacionen entre ellos, que miren, que respiren, que sientan dolor, que coman, que canten, que escuchen. Enfocarme en las acciones de las presas fue intencional. Quería que el lector viviera lo que nosotras vivíamos de la manera más directa posible. Las descripciones suelen interponerse entre el lector y su propia mente, y lo alejan de esa vivencia.

Algunos años más tarde, cuando comencé a plantearme la escritura de “Bosquejo de alturas”, recuerdo haber sentido que necesitaba alejarme un

poco del escenario al que quería renovarle la vida para obtener una visión panorámica de todo el grupo, de las treinta que éramos allí, cada una en su actividad y con sus propias inquietudes. Y como si hubiera estado sentada en la parte más alta de una cucheta con una cámara filmadora, comencé a detallar lo que veía en mi memoria. Hice un paneo, y me detuve en cada escena. Ése fue el sistema, la manera en que me ubiqué. Y funcionábamos como un solo cuerpo, como una sola mente. Así que debía reflejar ese estado físico de todas y ese estado mental tan único.¹

En agosto del 2004 volví al sótano de la Alcaidía de Mujeres de la Jefatura de Policía de Rosario y, en ese mismo viaje a Argentina, a la cárcel de Villa Devoto. En los dos lugares recuperé de golpe la experiencia carcelaria. Estaba allí otra vez, y caminaba por los pasillos, los pabellones y las celdas, el patio de Devoto, sin que hubiera conmigo más que una compañera, la que me había acompañado a esa visita. La situación produjo más de un shock. El shock de estar nuevamente inmersa en una realidad agobiante, y el shock de la ausencia de las compañeras con las que pasamos por la experiencia, y que eran las que apoyaban, alimentaban el coraje y la sabiduría. Las emociones se agolpaban y yo me esforzaba por evitar las lágrimas y por convencerme de que estaba solamente visitando, de que no me quedaba, y de que no me quedaba sola. Recuerdo que mi compañera hablaba y hablaba, para ahuyentar las mismas emociones que me dominaban a mí. También fue mi hija con nosotras. Haber vuelto, y nada menos que con mi hija, a este lugar significó muchísimo. Que ella entrara a las cárceles en las que yo, su madre, y mis compañeras, que ella conocía muy bien, estuvimos compartiendo la vida y la constante posibilidad de la muerte en épocas tan terribles, le dio a Sara la chance de entender un poquito más quiénes éramos y somos nosotras. Creo que ese día ella aprendió tanto como en el resto de su vida. Desde ya que hay vivencias que son intransferibles. Pero en esos días dio varios pasos adelante en el camino hacia el conocimiento del mundo que habitamos. Durante la recorrida del sitio mi hija sacó fotos y filmó. No iba a dejar de hacerlo, salvo que no nos lo permitieran. Incluso nos pidieron que no sacáramos fotos de las caras de los guardias y del jefe de seguridad, y de todos modos lo hicimos. Aunque ella nació durante mi exilio, fuera de Argentina, y no en cautiverio ni antes de mi arresto, vivía con mucha ansiedad y curiosidad todo eso de lo que había oído hablar desde siempre y que no lograba imaginarse por más preguntas que yo le contestara. Por eso pienso que los espacios físicos, concretos, en los que estas épocas de la Historia de nuestro país sucedieron deben ser preservados.

Al sótano de la Alcaidía de la Jefatura de Policía de Rosario logramos preservarlo y convertirlo en museo. No hay como entrar al lugar para que se sientan, de algún modo, las vibraciones de los hechos sucedidos allí. Las marcas en las paredes. La sangre que, aunque seca, siempre va a estar fresca

y gritándonos a los que conocemos la historia de primera mano y a los que vendrán, generación tras generación. Estoy totalmente convencida de que los sitios de memoria deben ser respetados profundamente y deben ser mantenidos como fueron en la época en que se los usó para la tortura y la muerte. Me resulta un agravio el abuso y la falta de consideración y de respeto por parte de los que hablan de demoler, de cambiar, de hacer desaparecer los espacios que deben permanecer para mantener vivo el recuerdo. Por otra parte, no creo que los políticos estén lidiando con la representación del “pasado”. No solo porque la última dictadura militar y sus ecos no son el pasado, sino porque en el presente cotidiano el país sigue produciendo “desaparecidos”. Y lo pongo entre comillas porque los que desaparecen no vuelven. Han sido asesinados, salvo excepciones. Y sobre mi generación: está viva, nuestros hijos lo están tanto como lo estamos nosotros, los hijos de nuestros hijos están absorbiendo y viviendo a través nuestro esta experiencia de tanto impacto generacional, social, político, individual. ¿De qué “pasado” estamos hablando? Hay un gran apuro por borrar toda huella de lo acontecido, cuando todo sigue aconteciendo cada vez que un ex preso o un ex secuestrado va a declarar a un juicio para lograr algo de justicia para él o ella, y para sus compañeros asesinados, o simplemente cuando cierra los ojos a la noche para intentar dormir y no puede evitar que el sueño se retrase en llegar porque las imágenes de lo vivido cuatro décadas atrás regresan, porque no se han ido, porque siempre han estado, y seguirán estando, instaladas. O cuando uno de nuestros hijos o nietos nos pide que les contemos cómo fue la época que, en realidad, es tan cercana, tan presente continuo.

El rol de esos lugares debe ser educacional, informativo, y de constante producción de memoria. Los espacios deben tener lo que algunos ya tienen: visitas guiadas a las que obligatoriamente asistan los alumnos de todas las escuelas: primarias, secundarias, y hasta de las universidades. En los que exista espacio suficiente para exponer objetos hechos por los presos y secuestrados que fueron asesinados y por los que sobrevivieron, cartas que enviaron y que recibieron, huellas de su experiencia, y tantas otras posibilidades. Para que la gente mantenga el recuerdo, la memoria muy viva. Pareciera que los seres humanos tenemos una memoria selectiva, vulnerable, frágil, que, por un mecanismo de defensa de corto alcance, que elige la inmediatez, permite olvidar. No podemos olvidar. Hay que tener constantemente presentes los hechos del horror si no queremos que todo se repita. Hay que hacer ese esfuerzo de producir memoria que, es cierto, cuesta. Es difícil. Da muchísimo trabajo. Pero sin eso vamos a terminar viendo volver lo que con tanta liviandad es llamado “pasado”. Considerar que partes de la Historia deben ser suprimidas nos hace frágiles como especie, como intelectos, como los individuos que somos y que conformamos la humanidad. Nos hace incapaces de cambiar el mundo para

que en él quepamos todos en cierto estado de armonía y con algo de justicia y equidad.

Notas

1. Hace unos años, en Francia, una directora de teatro estaba mirando libros en diferentes librerías de Lyon, y encontró la traducción al francés hecha por Anne-Claire Huby de “Bosquejo de Alturas”. Lo recorrió, le llamó la atención y se lo llevó. Sylvie Mongin lo convirtió en obra de teatro, que todavía existe y sigue multiplicándose en las manos y en el trabajo de Sylvie. Le cambió el título. La obra se llama *30*. Con treinta actrices, representando nuestra vida en el pabellón del sótano de la Alcaldía. Una maravilla. Tanto la directora como las actrices logran vivir el relato de tal manera que se sienten ellas mismas presas políticas. Asistí a una de estas funciones, en Lyon, Francia, acompañada por otras compañeras, porque sola era muy dificultoso, precisamente por el aspecto emocional, y fue altamente conmovedor. Maravillosa manera de representarnos. Allí las actrices nos dijeron que nunca más, después de haber leído el cuento y de haberlo representado, iban a lograr salir de la cárcel.

Obras citadas

Kozameh, Alicia. “Bosquejo de alturas”. *Hispanérica* 23:67 (1994) 81–93.
 _____. *Pasos bajo el agua*. Buenos Aires: Editorial Contrapunto, 1987.

Kozameh, Alicia. “No hay pasado. Y otras convicciones”. *Vestigios del pasado: Los sitios de la memoria y sus representaciones políticas y artísticas*. Eds. Megan Corbin y Karín Davidovich. *Hispanic Issues On Line* 22 (2019): 257–261.